

# NUESTRO ESPEJO "LIBERIANO"

En 1978 la importante historiadora —y mejor escritora— Bárbara Tuchman, norteamericana y ya fallecida, publicó un libro que, como los que usualmente escribía, combinaba admirablemente la **biografía** con la **historia**, o si ustedes quieren, contemplaba la historia a través de ojos biográficos. El libro que ahora llama nuestra atención se titulaba **A Distant Mirror. The Calamitous 14th Century** (su edición en castellano en Sudamericana de Buenos Aires ya hace tiempo que fue publicada) y tenía un propósito muy concreto: que los angustiados hombres y mujeres del terrible siglo XX (quizás el más bárbaro que ha contemplado la historia de la humanidad, al decir del prominente intelectual ruso-británico Isaiah Berlin) **nos viésemos en el desolador espejo** de aquel siglo, el mismo de la Peste Negra y de la Guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia, cuyo episodio más conocido fue la ejecución en la hoguera de la francesa Juana de Arco.

Ese siglo, el XIV, que fue del 1300 al 1400 de nuestra era, al decir de la Tuchman, quien cita fuentes de esa época, "sufrió tantos grandes y extraños peligros y adversidades, que sus desórdenes difícilmente podrían ser adjudicados a sólo una causa (la Peste Negra, a la que ella asigna un enorme peso)". Quizás por estas mismas razones, al tratar de labrarnos una imagen de este atormentado fin de siglo, valdría la pena dejarnos guiar por algunas de sus **intuiciones**, como ésta de no ser "unicausalistas", manteniendo, empero, claro que hay algunas variables particularmente importantes. Otra ayuda de ese libro podría ser su mismo **título**. No estaría ni mal **vernarnos en ciertos espejos**, como modo de lograr un mejor "foco" sobre lo que nos está pasando. En nuestro caso, sin embargo, ese espejo no sería de carácter "histórico", como el que ella elaboró, sino más bien "geográfico" y también, como se estila en tiempos de "desarrollismo", de **niveles o etapas** por las que atraviesa una sociedad determinada.

Antonio Cova

## EL CASO LIBERIANO

Ante la ingenua tentación de creer que el "caso" del colapso de la sociedad liberiana es algo totalmente **circunscrito**, en el tiempo y en el espacio, es bueno recordar, de entrada, que **es Africa toda** la que está siendo sumida en el más devastador caos que imaginarnos pudiéramos. En efecto, en un trabajo reciente que apareciera en la magnífica revista europea **Letra Internacional**, el conocido periodista polaco Ryszard Kapuscinski, al explicarnos el asombroso genocidio ruandés lo ubicaba, muy apropiadamente, en el contexto de la fenomenal crisis de la sociedad africana. Otro tanto ha venido haciendo el cronista norteamericano Robert Kaplan en sus trabajos para la revista norteamericana **Atlantic Monthly** y en el libro que sobre ese tema acaba de publicar en ese país y que ya se encuentra entre los más vendidos en sus librerías (**The Ends of the Earth, a Journey at the Dawn of the 21st Century**, Random House, New York, 1996, pp. 470), para no hablar de los casos de Somalia, Sierra Leona, Angola y otros que a cada rato saltan a las pantallas de televisión y a las páginas de los principales periódicos del mundo.

El **tejido social** de las distintas sociedades africanas se está deshilachando con tanta rapidez y brutalidad que uno se pregunta, angustiado, qué quedará de ella el próximo siglo y, es de esperarse, qué implicaciones tiene ello para nosotros, que aparentemente estamos **tan lejanos** de semejante catástrofe. Quizás por eso mismo, más cercano a nosotros se encuentra **Costa de Marfil**, hasta hace poco vitrina africana de gestión muy exitosa y hoy en rápido proceso de convertirse en un **fracaso de pesadilla**. En cierto modo y a pesar de todas las necesarias distancias, Costa de Marfil, en la costa occidental del Africa, ha vivido hasta hace poco una vida "muy venezolana" y hoy está en un torbellino que la lleva a una versión, nada "virtual", de la aterradora película **Mad Max II**.

¿Qué está pasando en Liberia? Es una pregunta que no puede ser respondida sin



que nos **tornemos al pasado** de esa sociedad. En efecto, todos conocemos que la mayor catástrofe que los Estados Unidos confrontaron después de su rápido y exitoso proceso de Emancipación de la Corona Inglesa fue la **Civil War** que encarnizadamente enfrentó al Norte con el Sur a los inicios de la segunda mitad de ese siglo. Y el origen, la razón inmediata de esa confrontación fue el asunto de la **esclavitud** de los negros procedentes de Africa. La “conciencia” blanca llegó a tal tensión sobre ese asunto que no tuvo más remedio que resolverlo con las armas en la mano. A consecuencias de esa terrible guerra, una nueva sociedad iba a emerger, y a procurar sueños y dolores a sus descendientes.

Liberia, ya desde antes, fue una de las vías de resolución del conflicto. A las playas de esa región arribarían oleadas de negros norteamericanos, recién liberados del yugo de la esclavitud, enviados allí por sus ex-amos blancos que, con esa operación, se libraban, también ellos, de la **opresión** de sus conciencias democráticas y cristianas.

El problema era que, además de playas y ricos depósitos de importantes minerales, **allí también había** tribus africanas. Un poco como lo que le pasó a los judíos cuando arribaron al Israel de sus sueños: allí había árabes que ninguna disposición a evacuar tenían. Liberia, entonces, fue, en el pleno sentido de la expresión, una “construcción” extraña al mundo donde se implantaba. Los “transportados”, súbitamente convertidos en amos de una tierra que no era propia, iban a tener, de allí en adelante, una difícil relación con los “nativos”. Se daba así una relación muy similar a la que en diversos países latinoamericanos está siendo causa de tantas desventuras. Entre nosotros, españoles y criollos “implantados” y sostenidos por el poder colonial español sobre una vasta masa de nativos, convertidos, por obra y gracia de ese poder, en “extraños” en su propia tierra, suerte de asombrados zombis que cuando adquieren un mínimo de conciencia sobre sus derechos y comparasen su situación con

la de sus dominadores y miembros de sociedades más desarrolladas, quitarían el sueño a quienes hasta entonces medraban de sus desgracias.

Ese “sueño” no ha vuelto a Liberia y sociedades en parecida situación desde hace ya algún tiempo. En Sierra Leona, incluso, los amotinados soldados que hace un tiempo se hicieron con el poder con una violencia inusual, lo primero que emprendieron fue proceder a la liquidación física de quienes habían pagado su educación y garantizado su acceso a esas mismas posiciones que ahora detentaban. Es tan parecido todo a la Venezuela de 1814. Y —¿quién se atrevería a descartarlo?— a la que podría desatarse en estos tiempos oscuros.

### **NATIVOS SUPLANTADOS, EXTRAÑOS IMPLANTADOS**

Cuando a fines de la cuarta década del siglo XIX las sociedades filantrópicas norteamericanas comenzaron a asentar “libertos” (que se llamarían **freemen** de allí en adelante) en las zonas costeras de Liberia, instituyeron el control oligárquico de los “congo”, que sólo cesaría con el brutal golpe de estado del sargento Samuel Doe, de la minoritaria etnia krahn en abril de 1980. Nueve años después, el **freeman** Charles Taylor (en Diciembre de 1989) liquidó ese cepo e instaló una sangrienta guerra civil que hoy enfrenta a múltiples grupos y sus líderes. Hoy, el “Frente Patriótico Nacional de Liberia” (NPEL) de Taylor, constituido por 25 mil combatientes jóvenes y adolescentes, que aglutina a varios grupos (gio, mano, kissi,

kplele, gola, kru y congos), aparece aliado con el “Movimiento Unido de Liberación por la Democracia en Liberia” (Ulimo-K) que cuenta con 12 mil combatientes, fundamentalmente de la etnia mandinga, y son dirigidos por Alhaji Kromah. A ellos **se enfrentan** los del Ulimo-J, con 8 mil combatientes krahn, dirigidos por el ex-ministro Roosevelt Johnson, que hoy se apertrechan en el cuartel Barclay, en el centro de Monrovia, la capital liberiana. A ellos se alían las “Fuerzas Armadas de Liberia”, con casi 9 mil hombres y con el mejor entrenamiento militar, ya que fueron el ejército con que Doe mantuvo su férreo control por sus nueve años de terror dictatorial. En su casi totalidad pertenecen a la etnia krahn. Para completar este cuadro de anarquía y de **todos contra todos**, en 1993 apareció, con George Boiley a la cabeza, el “Consejo de Paz de Liberia” (LPC) que cuenta con 5 mil combatientes cristianos de diversas etnias y que alternativamente se alía con cualquiera de los otros grupos.

En este mosaico de grupos étnicos armados se presentan también los distintos grupos cristianos y los musulmanes y todos están aderezados y nutridos por un flujo incesante de armas de todo tipo que impiden que una paz, aunque sea frágil, pueda instalarse. Hasta ahora 13 intentos de acuerdos de paz han sido violados.

Mientras, de los 2 millones y medio de habitantes del país, ya 150.000 han perecido a causa de los conflictos, según estimaciones conservadoras, mientras que 750 mil han huido hacia países veci-



nos y 60 mil combatientes, cantidad de ellos adolescentes, se enfrentan sin cesar en una guerra donde ni siquiera una ideología tiene puesto alguno. Al decir de uno de sus "generales" improvisados, "los rebeldes no pueden leer ni escribir, sólo matar gente". Y, ¡vaya que lo hacen! Las narraciones de los periodistas son indescriptibles y aterradoras.

Las bandas armadas se montan y se desmontan. Atacan a civiles desarmados y proceden a carnicerías espeluznantes, liquidando así cualquier futuro de una reconstrucción posible y viable. De la capital sólo quedan un Hospital de los Hermanos de San Juan de Dios y algún que otro hotelito. Todo otro resto de vida medianamente civilizada ha sido devastado. Cualquier actividad económica yace paralizada y todo vestigio de normalidad interrumpido, quién sabe hasta cuándo.

## LAS LECCIONES DERIVABLES

Por supuesto que hay muchas concretas y específicas razones para explicar la tragedia liberiana. Es una suerte que Robert Kaplan y otros nos hayan hecho el favor de ubicar esta conflagración en su "escenario natural" y tanto que uno llega a preguntarse **por qué tardó tanto en reventar**. Desde razones que pueden parecer procedentes de la obra de Malthus y/o de los sucesivos informes del Club de Roma, como la galopante desertificación y la abrumadora sequía

que la provoca y la acompaña, pasando por los **flujos migratorios** que esas situaciones provocan, hasta las diferencias étnicas que inexorablemente conducen a enfrentamientos entre bandas armadas que, si a algún punto de referencia son leales es a la **tribu** a la que pertenecen, justo cuando **los lazos tribales**, tan fuertes y hasta funcionales en el mundo rural, se desvanecen y pervierten en las grandes concentraciones urbanas. Eso está sucediendo por doquier en Africa y hace tiempo que es una plaga entre los latinoamericanos.

Lo que sucedió en el siglo pasado: los europeos y, en el caso liberiano, los norteamericanos, llegando con sus propias costumbres y racionalidades, ha sido brutalmente sustituido por los vicios que hoy deshonran a Occidente. Drogas, crimen organizado, televisión y cine comercializados y brutalizados en un círculo de violencia y sexo que cada día demanda más y más atrevimiento y crudo realismo, constituyen hoy la presencia de un mundo que se ve y se asimila como superior. Y las desvencijadas culturas de esas sociedades violadas poca **resistencia** pueden ofrecer. En las barriadas urbanas, caldo de cultivo de la frustración y el odio acumulado que las acompaña, esos ingredientes son **gasolina pura**. Sólo falta el "fósforo" de una exigua oligarquía, cada vez más reducida, a la vez que "mostradora" de un estilo de vida cada vez más impúdico e hiriente para

los que menos tienen. Y las clases medias, aspirantes frustradas a un nivel de vida que sólo creen posible en Occidente y cada vez más en el Asia exitosa, huyen despavoridas de una atmósfera que sienten amenazante, sin darse cuenta de que, al hacerlo, despojan a esas sociedades de cualquier posibilidad de **salvación factible**.

Pero Africa no es otra cosa que un **espejo** de lo que parece acercarse veloz a las grandes ciudades del **primer mundo** que, a punta de xenofobia y un "apartheid" de hecho, pretenden resguardarse tras sus guardias fuertemente armados y sus sistemas de estrictos controles, que cualquier día les sorprenderán con su incompetencia y su ineficacia.

Ese mundo, el que hoy muestra toda su fealdad en la tragedia africana y asoma su horrible rostro por doquier, no dejará que el "otro", el de los ejecutivos felices y los modelos lindos y bellos, **duerma en paz**. De eso no albergo la menor duda. La pregunta clave es ¿algo se está haciendo para que ellos, los condenados de la tierra, compartan la prosperidad que tan afanosamente hemos labrado y que ahora parece queremos apropiarnos en exclusiva?

Si las naciones prósperas y hasta ricas gastan sus energías en construir muros y arsenales, sus esperanzas de seguir disfrutándolo van tocando su fin y la "marcha fúnebre" ya se expresa por doquier. ¿Será que el ejemplo de Venezuela, nunca más labradora de miseria y dolor, que cuando ha sido más rica en toda su historia, es el que **todos piensan seguir**? Si nuestra riqueza y posibilidades de hoy no se utilizan, con dedicada obsesión, para **construir** un mundo donde todos compartamos lo que **todos** hemos ido creando y merecemos, Liberia sólo habrá sido el anuncio contundente del horror que viene. Ojalá y... **así no sea!** ■

Antonio Cova es sociólogo, profesor de la UCAB.